

arengas estaba hecha pedazos, y la voz de los pastores habia sucedido á la voz de Ciceron y de Hortensio. Subo con afan por los senderos escarpados del Palatino; los Césares estaban ausentes, y ni siquiera habian dejado á la puerta un pretoriano para preguntar su nombre al estrangero curioso. Mientras contemplaba lleno de emocion, esas ruinas imponentes al traves del azul del cielo de Italia, percibo á lo lejos un templo embellecido por una cúpula que á mi juicio cubria todas las grandezas presentes de la ciudad cuyo polvo pisaba. Me encamino á él, y allí, sobre una plaza tan inmensa como magnífica, encontré la Europa reunida en la persona de sus embajadores, de sus poetas, de sus artistas, de sus peregrinos, multitud diversa por el origen, pero identificada, me parecia, por una expectativa comun y profunda. Yo esperaba tambien, cuando á la estremidad de la plaza veo adelantarse un anciano llevado en un carruaje, con la frente desnuda, y teniendo en sus dos manos, bajo la forma de un pan misterioso, á ese hombre de la Judea antiguamente crucificado. Todas las cabezas se inclinan á su paso, las lágrimas corren en un silencio de adoracion; y sobre ningun semblante observé la protesta de la duda, ni la sombra de otro sentimiento que no fuese á lo menos el respeto. Adoraba á mi Señor y á mi rey, al rey inmortal de las almas; tomaba parte en su triunfo, sin tratar de espresar mi emocion ni aun por una palabra interior, cuando de repente, el obelisco de granito que estaba en medio de la plaza cantó para nosotros todos, mudos y enagenados, el himno del Dios victorioso: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, Christus ab omni malo plebem suam liberat!* Y temiendo que algun enemigo se encontrase entre aquella multitud, se respondió á sí mismo con otro canto celebre que nos advertia huir del leon de Judá si no queriamos adorarlo en su victoria. Despues de los años que han blanqueado ya mi cabeza, os repito esas amenazas y esos gritos de gozo; felices vosotros si no huis, felices si acercandoos mas, decís con todos nosotros hijos de Jesucristo y miembros de su reino: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, Christus ab omni malo plebem suam liberat!*

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA.

DE LA PERPETUIDAD Y DEL

PROGRESO DEL REINADO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Como lo habia querido y como lo habia anunciado, Jesucristo ha establecido sobre la tierra el reino de Dios, el reino de las almas del cual es gefe; lo ha establecido, á pesar de la dificultad de reinar sobre los hombres por la fé, el amor y la adoracion, dificultad que he llamado privada, y á pesar de la dificultad pública que le presentaba la sociedad religiosa y política, tal como se hallaba entonces constituida. Pero es bastante, Señores, para afirmar que Jesucristo se ha sobrevivido como Dios, que su obra esté marcada con un sello que no puede ser otro que el de la divinidad? No, no es bastante; porque aunque el éxito que ha tenido, mirándola en el punto en que la hemos dejado, es decir al advenimiento de Constantino, haya sido prodigioso, sin embargo es peculiar de todo poder que aparece en el mundo, tener una lucha y un triunfo, lucha y triunfo, convengo en ello, que no siempre tienen la misma magnitud, pero que en fin tienen de comun darse á conocer, forcejar, y llegar por último á un momento favorable que puede llamarse un buen resultado. Lo que es mas difícil y necesario para la confirmacion de la victoria, es resistir á la victoria misma. Un diplomático célebre ha dicho: “El tiempo es el grande enemigo.” Y bien! Ha vencido Jesucristo al grande enemigo? Despues de la idolatria, despues del imperio romano, ha vencido á ese otro poder, que no es mas que la eternidad disfrazada, al

tiempo? Al fin de una carrera mas ó menos floreciente, no ha sentido como todos, esa mano helada que tarde ó temprano desacredita los sucesos mas grandes y precipita de su trono las mas sólidas dinastias? No ha sido visiblemente herido por esa fuerza lenta que no perdona á nadie? Tal es la cuestion que va á ocuparnos. En suma, yo pongo á vuestra vista el balance de Jesucristo, y os propongo que examineis la activa y la pasiva.

Porqué el tiempo es el grande enemigo? Porque está dotado, Señores, de un doble poder, el poder de destruir y el poder de edificar. Quien ha echado abajo aquellos imperios primitivos de la Asiria y de la Caldea? El tiempo. Quién ha echado abajo el imperio de Ciro, vanamente restablecido por Alejandro? El tiempo. Quién ha echado abajo á ese imperio engrosado con las ruinas de todos los otros, y que se puede llamar con el nombre de mundo, mas bien que con el nombre de imperio, al mundo romano? El tiempo. Quién ha echado abajo á todas esas repúblicas de la edad media cuyos restos que sobreviven aun en mármoles y en pinturas admiramos nosotros? El tiempo. Y por otro lado, quién ha construido estos nuevos reinos de que somos hijos, los reinos de los Francos, de los Germanos, de los Anglo—sajones, y todo el resto? Es la misma mano, habil para volver á crear despues de haber deshecho, y que, del polvo mismo en que juega con orgullo, saca la sustancia, el órden y la solidéz. El tiempo destruye con la mano izquierda y edifica con la mano derecha, igualmente enemigo en los dos casos, pues que el edificio que levanta no hace otra cosa que hundir mas al edificio que derriba, y porque fundar es para él destruir nuevamente.

Pero no nos detengamos, Señores, en estas espléndidas imágenes que solamente nos descubren por el espectáculo exterior el poder enemigo del tiempo. Procuremos robarle su secreto por el análisis, á fin de que, conociendo mejor de donde viene al tiempo su doble fuerza de destruccion y de edificacion, examinemos si Jesucristo ha estado sometido al ejercicio de

ese formidable juego, y porqué solo él ha podido escapar de su influencia, si es que hacemos constar que ha escapado verdaderamente.

La accion del tiempo resulta de cinco causas, la primera de las cuales es la novedad. El tiempo es siempre joven, y sin embargo envejece todo. A cada paso que da, la aurora se adelanta, pero dejando atras las sombras y la noche. Hijo inconstante de la eternidad, toma de ella una juventud que no muere, mas sin poderla comunicar á las cosas que mide por su curso, sino es por un momento. Él pasa, da la vida; mas la vida de hoy será bien pronto la de ayer, la de antes de ayer, la de otro tiempo, un recuerdo, una antigüedad, y con todo eso el tiempo no se ha empobrecido: es siempre fecundo y joven, haciendo suceder lo nuevo á lo antiguo. Pero lo nuevo tiene un embelezo que seduce al espíritu y á los sentidos, y que da lugar facilmente á las doctrinas marcadas con su sello, para que prevalezcan contra doctrinas que han llegado á hacerse añejas por el solo hecho de su perpetuidad. Observad lo que pasa. Luego que un hombre es capaz de anudar ideas bajo una forma nueva y de acomodarlas al curso del tiempo, se hace indefectiblemente de discípulos. Por qué? Porque ha dicho una cosa que no se habia dicho todavía ó que se habia olvidado. Los hombres tenemos la pasion de la novedad tanto en las ideas como en todo lo demas, y no es difícil esplicar la causa de esto. Como la novedad es lo único que nos da en la tierra alguna sensacion de lo infinito, siendo predestinados á gozar de él en la vida eterna, lo infinito es una necesidad de nuestra naturaleza, y lo buscamos con empeño en todas partes. En el momento que hemos observado con atencion un objeto, decimos: basta. Quién volteará la página? La novedad la voltea, y volteándola disfraza á nuestra inteligencia su debilidad con una falsa apariencia de progreso que nos encanta.

Mas que ningun otro, Señores, Jesucristo tenia que temer esa disposicion de nuestra alma, que arma al tiempo de tan peligroso poder contra la estabilidad doctrinal. Por miseri-

cordioso que sea el Evangelio, no debia ceder á la inconstancia de nuestro espíritu; *El cielo y la tierra pasarán*, habia dicho Jesucristo, *mas mis palabras no pasarán*. (1) Era necesario que ellas atravesasen todas las edades, perdiendo cada dia la fuerza de la novedad, sin perder nada de su autoridad, ó mas bien era necesario que la palabra evangélica, semejante á Dios, de quien San Agustin ha dicho que es la belleza siempre antigua y siempre nueva, guardara en su antigüedad progresiva, una juventud que encantase el corazon de todas las generaciones.

Lograda sobre el tiempo esta primera ventaja, quedaba la segunda por obtener. La segunda fuerza del tiempo está en la esperiencia, es decir, en la prueba que resulta de la aplicacion de las doctrinas á la vida positiva de la humanidad. Toda doctrina es un cuerpo de leyes que no tiene valor, sino en tanto que se cree contener las verdaderas relaciones de los seres; es como la creacion de un mundo. Mientras esa creacion permanece en el entendimiento en el estado de pura concepcion, puede uno engañarse sobre su mérito real, porque es difícil juzgar de un gran conjunto de ideas; pero no es lo mismo cuando á las ideas, entrando en el dominio de la realidad, se les pide que funden ó que mantengan un orden positivo. La esperiencia manifiesta entonces infaliblemente su debilidad ó su falsedad; porque una ley falsa ó impotente es incapaz de establecer relaciones constantes, y asi como una casa viene abajo si ha sido construida sobre medidas inesactas, asi tambien un orden cualquiera no podrá subsistir teniendo por base ideas que carezcan del aplomo de la verdad.

Y quien mas que Jesucristo tenia que temer la terrible prueba de la esperiencia? Porque él no habia formado en el mundo con el Evangelio, una sociedad comprendida en los estrechos límites de una raza y de un pais, sino una sociedad universal en la que toda alma, cualquiera que fuese su origen, podia aspirar al derecho de ciudad; y por consiguiente si el Evan-

(1) San Mateo, Cap. 24, ver. 35.

gelio era falso, su ruina debia ser tan grande como el universo, y tan rápida como el tiempo cuando obra á la vez sobre un gran número de lugares y de entendimientos.

La tercera fuerza del tiempo está en la corrupcion. Todas las cosas, llegando á cierto punto de prosperidad se corrompen, porque el hombre siendo una vez señor, quiere gozar, y porque el goce da por resultado inevitable esa descomposicion del alma y del cuerpo que llamamos corrupcion. La historia de todos los triunfos es la historia de Anibal en Capua. Se olvida el hombre de todo, se adormece, se embriaga: el veneno lento de la molicie afloja todos los resortes de la actividad; y el ser que no es nada sino por la actividad, se consume poco á poco en la ignominia de una indolencia ruin. Nemrod comienza, Sardanapalo acaba. Ese es el camino célebre de las grandes fortunas; el trabajo y la virtud las edifican, el goce las aniquila hasta en sus últimos vestigios. Mas que ningun otro imperio, la religion está sometida á esa gran ley, y sobre toda religion, la de Jesucristo se hallaba estrechamente ligada con ella. Porque la sangre de la cruz le habia dado la vida; y por que teniendo su origen en el suplicio de un Dios, se veia obligada á recordar, en los dias de su prosperidad, las sangrientas mortificaciones de su cuna. Por otra parte, las tentaciones que le preparaba su triunfo debian sobrepujar con mucho todas las tentaciones conocidas. Ella debia ver á sus piés á los reyes de la tierra, dar órdenes de un extremo al otro del mundo, ver á los siglos inclinarse ante su palabra y su accion, cubrir el suelo de monumentos suntuosos, hacerlo tributario de todas las necesidades de un poder y de una gloria sin límites, y bajo el peso de esa fortuna que sube hasta el cielo, conservar en la frente y en el corazon el signo de la penitencia y de la humildad. O bien, si llegaba á sucumbir en uno de los largos dias de su vida, y á sentir los perjuicios de la corrupcion, era necesario que de su corrupcion misma resucitase su vida, no una vida estraña como vemos en la naturaleza, sino su propia vida; y que semejante á la águila de la Escritura, renovando en sí misma el hechizo de su

juventud, volase con las alas estendidas, hecha lijera como antiguamente por su pobreza y su sangre derramada.

La cuarta fuerza del tiempo es el caso fortuito, es decir ciertas circunstancias que no tienen relacion con nada de lo que el genio puede combinar y preveer, y que de un golpe trastornan los designios mejor concertados. La historia está llena de ejemplos de esta clase. La prudencia humana encuentra á veces escollos que no percibe el ojo mas perspicaz. Ese es el grano de arena de que habla Pascal, que una mañana se encontró en la vejiga de Cromwell y frustró los planes destinados á cambiar la faz de la Eurpa.

Es muy natural que os admireis algunas veces de cierto equilibrio que reina en el mundo, y que impide á los mas fuertes aniquilar á los mas débiles, segun ellos desean. En qué consiste que los grandes imperios no han destruido á los pequeños Estados que tienen de vecinos? Consiste en que los grandes imperios tienen contra sí el grano de arena de la vejiga de Cromwel. En el momento en que sus conjuraciones van á trastornarlo todo y á preparar la ruina del derecho sobre la tierra, el hijo de un labrador, en el rincon de una choza, afila su cuchillo sobre un pedazo de piedra de molino. Ese mozo, al ruido de la guerra se encaja el casco en la cabeza, fija el puñal en su cintura y se va á ver lo que pasa entre la Providencia y los reyes. El humo de la pólvora le abre los ojos; la sangre lo enardece; Dios pone en sus manos un bello hecho de armas; he aquí el gran capitán, los imperios á su vista dan un paso hácia atras: ese cuchillo y ese labrador son la casualidad.

Juzgad ahora si Jesucristo habrá tenido en su contra la fuerza de que tratamos, en el curso de un reinado de mil ochocientos años. Consultad solamente la historia del papado y ved el hilo tan sutil de que han dependido los destinos de ese trono rodeado de enemigos y siempre subsistente. Él se ha visto sin cesar obligado á preservarse de intrigas hábilmente manejadas; pero lo que os asombrará mas es que la conjura-

cion de la casualidad, un no sé qué, que podia á cada momento haberlo hecho pedazos, ha tenido la singularidad de respetarlo siempre.

La quinta fuerza del tiempo está en la guerra. Ningun poder acá en la tierra, puede evitar el ser combatido; tiene necesariamente enemigos, no solo á causa de sus faltas y de sus abusos, sino por razon de su misma existencia. Existir es combatir, porque existir es robar en el foco de la vida comun la sustancia destinada á todos; y si esto es verdadero tratándose del mas débil de los seres, cuánto mas no lo será si se trata de una coleccion de seres elevados al rango de poder dominante? Asi es qué Jesucristo declaraba *que no habia venido á traer la paz, sino la guerra*, (1) guerra terrible y sobre un plan cuya magnitud hace retroceder espantada á la imaginacion. Porque es la guerra del espíritu contra la carne y de la carne contra el espíritu, es decir de los dos elementos que constituyen al hombre, y uno de los cuales no puede jamas vencer al otro totalmente. Cuando el cuerpo tiene la superioridad, el alma combate contra él, y cuando el alma es la mas fuerte, el cuerpo espía el momento de romper su yugo. Pero esta lucha intestina no se detiene aquí; ella llega por necesidad á una guerra tan general como profunda. Las almas se unen á las almas y los cuerpos á los cuerpos; los cuerpos juntos contra las almas juntas hacen la gran guerra de la humanidad. Jesucristo á la cabeza de un ejército y Satanás á la cabeza del otro; el ejército de las pasiones, del orgullo, del placer, del odio, por un lado; por el otro, el ejército del espíritu, de la humildad, de la castidad, de la obediencia, de la mortificacion, de la caridad. Todo esto se chocha en las formidables regiones de lo finito y de lo infinito, en las profundidades de Dios, del alma y de los sentidos, en medio de mil causas secundarias que aumentan las tinieblas y los azares del combate, y si Jesucristo es Dios, debe concluir por triunfar, permaneciendo

(1) S. Mateo. Cap. 10. ver. 34.

su divinidad inalterable, aunque siempre insultada en la venerable cima de las cosas y de los tiempos.

Es esto, Sres., lo que ha pasado? Podemos afirmar que Jesucristo ha sido mas fuerte que la novedad, la esperiencia, la corrupcion, el caso fortuito, la guerra, mas fuerte que todas esas causas reunidas juntamente contra él durante un periodo de mil ochocientos años? Podemos afirmarlo?

Sí Sres., yo puedo afirmarlo; puedo aun haceros notar tres grados en ese triunfo de Jesucristo sobre el tiempo. Porque, primeramente, él vive, su obra está delante de vosotros; aunque haya sufrido mas ó menos ataques en esa larga peregrinacion verificada bajo la mano sediciosa de los siglos, sin embargo está en pié. Ella permanece siempre rodeada de bastante esplendor para atraer todas las miradas y para ser tambien el objeto de una veneracion con la cual nada es comparable, como así mismo nada es comparable con el encarnizamiento de los enemigos que no han aceptado en su duracion temporal la prueba de su origen en el seno mismo de la eternidad. Pero no es esto todo. No solamente vive Jesucristo en su Iglesia y su Iglesia en él, sino que despues de la era cristiana, ningun establecimiento religioso se ha fundado en el mundo del que no haya sido Jesucristo el cimiento y la base.

El primero en el orden de los tiempos es el islamismo. Pues bien la base del islamismo, Grcio lo habia notado antes que yo, es toda biblica. Es Abraham, Isac, Jacob; es Moises, el monte Sinai, el pueblo judio en los hechos mas memorables de su historia; es Jesucristo mismo venido despues de los profetas y mas grande que ellos. En cada página del Alcoran, Mahoma inserta una relacion sacada de las antigüedades cristianas, ó hace alguna alusion á ellas. Por qué todo esto? Porqué, queriendo darse el honor de fundar una religion, no ha tomado Mahoma una base enteramente propia de él? Porqué Sres.? Porque no le era posible. Al hombre no es dado construir en el aire, ya sea en el orden de los espíritus, ó ya en el de los cuerpos: necesita un fundamento. Pero, segun la es-

presion de Fontenelle, "la religion cristiana es la única religion que tiene pruebas," y en donde quiera que se manifiesta una vez con la autoridad de su historia, es indispensable que el error fije en ella su punto de apoyo y se ingiera en ese tronco poderoso que es el único que echa raices en la antigüedad. Mahoma vivia en un siglo y sobre un suelo impregnado ya de la savia del cristianismo; tocaba á la Abisinia, país de una gran cristiandad, al Egipto que era una de sus metrópolis, á la Judea, donde los grandes misterios cristianos habian sido consumados; la sangre de su pueblo subia con una celebridad incontrastable á la sangre de Abraham; no podia, pues, con semejantes condiciones sino fundar una heregia, ó, si quereis mas bien, sobreponerse á Jesucristo por una infidelidad que le tributa aun un homenaje brillante. Ved aquí por qué los musulmanes han permitido siempre á los cristianos el vivir sobre su territorio y el adorar en él á Jesucristo, no por una tolerancia que provenga del miedo, sino por respeto á las tradiciones comunes de las dos religiones y por las recomendaciones formales del Alcoran. Ha habido guerra entre los cristianos y los musulmanes para saber por quién quedaria la victoria; pero no ha habido una persecucion propiamente dicha de los musulmanes contra los cristianos. Ismael reclamaba solamente su derecho de primogenitura sobre Isac. Y esto os esplica, Sres., el singular espectáculo que nos presenta hoy dia Constantinopla, en donde á pesar de la pena de muerte fulminada contra todo cristiano que convierte á un musulman, no obstante los cristianos de todas las comuniones tienen plena libertad de ejercer su culto aun públicamente.

Despues del islamismo ha venido el cisma griego. Y bien, el cisma griego es toda la Iglesia católica con escepcion de dos puntos; la primacia del soberano Pontífice y la procesion del Espíritu Santo. Todo lo demas, dogmas, moral, sacramentos, jerarquía, costumbres, ha sido conservado por los sucesores de Focio. Ellos han rechazado al vicario de Jesucristo, mas no han rechazado á Jesucristo mismo, Jesucristo

es el objeto de su fé, de su amor y de su adoracion, la piedra angular de su edificio religioso.

Lo mismo ha sucedido, aunque en un grado menor con el protestantismo. El protestantismo ha negado la Iglesia, pero no á Jesucristo; Jesucristo es para él el doctor y el rey de las almas, y aun para un gran número de protestantes es el hijo único de Dios, digno como tal de una suprema adoracion.

Ningun otro establecimiento religioso se ha plantado en el mundo despues de la era cristiana. El Brahmanismo y el Budismo existian ya antes de Jesucristo, y si se ha hecho sentir algun movimiento en este último en una época mas inmediata á nosotros, es debido á las comunicaciones de los cristianos con las regiones lejanas de la India y de la Tartaria. Asi es que se ha observado en las montañas del Tibet, despues de nuestras célebres embajadas de la edad media, una pueril imitacion del papado. Una vez exaltado Jesucristo sobre la tierra, su luz ha hecho retroceder por todas partes las tinieblas de los falsos cultos; un número muy grande ha desaparecido enteramente, y ningun otro se ha formado, sino tomando por base su historia y su nombre. Él ha llegado á ser, por decirlo asi, el tronco del error asi como lo es el de la verdad, y cualquiera que lo niega totalmente, se hunde en un abismo donde nada fructificará mas que la muerte. Su tumba es hoy dia el centro del mundo religioso. Los musulmanes la guardan, los griegos la guardan, los protestantes la guardan, los católicos la guardan. Todos juntos ocurriendo de los cuatro vientos del cielo, están de acuerdo en venerar la piedra inanimada en que durmió tres dias y tres noches el cuerpo ajusticiado de Jesucristo. Cien batallas se han dado al rededor de ese monumento, veinte veces los destinos del mundo han cambiado de aspecto; mas la derrota ó la victoria no le han llevado jamas, sino el homenaje de las naciones, y tantos sacudimientos solo han servido para elevar en la gloria esa tumba fragil ante la cual todo va á prosternarse. Si los católicos solos hubieran tomado su tutela, habria sido una

tutela vulgar como lo es todo aquello que nada tiene de extraordinario: convenia mas á los designios profundos de Dios que Jerusalem *fuese hollada por las naciones*, (1) como habia anunciado el Evangelio, y que el santo sepulcro sostenido por mil manos, apareciese en el centro de todos los sucesos como el signo indicador de que ningun establecimiento religioso es posible en lo de adelante, sino á condicion de participar en alguna manera de la sangre, de la doctrina y de la memoria de Jesucristo.

El tiempo, Señores, os dará de esto nuevas pruebas. Vosotros vereis desaparecer los restos vergonzosos de los cultos sin fundamento, á medida que progresa la civilizacion cuyo creador y gefe es Jesucristo. La fábula no puede sostenerse contra la historia, la antigüedad vacía contra la antigüedad monumental, el mundo vago contra el mundo cierto, la muerte contra la vida. Jesucristo prosigue su carrera por en medio de las infidelidades mismas que el orgullo le hace sufrir; se vale de los cismas y de las heregias como de una agua corrompida que sirve de antidoto contra esa pasion, á una multitud de almas preservadas del veneno por la sencillez de la ignorancia y de la buena fé. Ademas, y este es su tercer triunfo sobre el tiempo, mantiene incorruptible y superior á toda su verdadera Iglesia, á la Iglesia católica, apostólica, romana. Le asegura la superioridad numerica; porque el islamismo no cuenta mas de cien millones de sectarios, el cisma griego sesenta millones, el protestantismo un número igual, mientras la Iglesia católica tiene ciento sesenta millones de almas sometidas á su gobierno. La superioridad jerarquica: porque ni el islamismo, ni el cisma griego, ni el protestantismo, han podido crear una suprema dignidad pontificia. La superioridad de independecia: porque ninguna otra ciudad espiritual ha podido conservar inviolable el santuario del alma, ecepto la Iglesia católica, que á fuerza de dar á esta causa su sangre in-

(1) San Lucas, cap. 21, ver. 24

agotable, ha librado del yugo á su palabra y su accion, y merece el honor de ser en el mundo el baluarte del derecho y la tierra virgen de una santa libertad.

No me estenderé mas, Señores, sobre los caracteres de la verdadera Iglesia de Jesucristo; lo he hecho ya anteriormente, y si los recuerdo ahora de paso, es solo para hacer constar la soberana providencia por la cual los ha mantenido Jesucristo al frente de su Iglesia contra todos los esfuerzos del tiempo.

Resulta pues del examen que acabamos de hacer una triple perpetuidad en favor de Jesucristo: perpetuidad de la vida, perpetuidad de irradiacion esclusiva de la vida, perpetuidad de superioridad en la vida.

Pero me direis: En buena hora! Jesucristo ha vivido; ha infiltrado su vida en todos los establecimientos religiosos posteriores á él, y aun ha mantenido á su Iglesia sobre todo. Sin embargo, no percibís actualmente en su obra signos de decadencia? No se ha eximido una multitud de almas de su dominacion? Y cuando la señal de la derepitud comienza á notarse, no se puede presagiar una próxima é inevitable dissolution?

Esa es vuestra opinion, Señores; la mia es que Jesucristo está en el zenit de su gloria y de su fuerza, y, si Dios fuere servido, voy á tener el honor de demostraroslo.

Tres cosas constituyen el poder, y el progreso de estas tres cosas constituye el progreso del poder; estas son: el estado territorial, el estado numérico y el estado moral. Pues bien, yo afirmo que bajo esta triple relacion, Jesucristo no ha llegado jamas á un punto tan elevado, como aquel en que lo contemplamos en el dia.

Primeramente, cual era el territorio de Jesucristo en los tiempos de Constantino? Estaba poco mas ó menos comprendido en los límites mismos del imperio, entre el Rhin, el Eufrates y el Atlas. Si pasaba mas allá, ese exedente, se compensaba con las numerosas partes del imperio, de las que el Evangelio no habia tomado sino una imperfecta y precaria posesion. Y en la actualidad qué es lo que veis? Jesucristo, es

verdad, ha perdido algunas de sus tierras primitivas, ocupadas por los musulmanes; aunque es preciso notar que existen muchos cristianos sobre toda la superficie del suelo islámico, y que el islamismo reconoce á Jesucristo y á sus antepasados. Pero dirigid vuestras miradas al Occidente, al Oriente, al Norte, al Mediodia, y en todas las direcciones del globo reconocereis los pasos conquistadores del Salvador. Ha pasado el Rhin; ha sometido la Alemania, la Polonia, todas las Rusias, los tres reinos británicos, y ha llevado hasta el polo, al traves de las montañas y de los yelos de la Suecia, el sol de su dominacion. El oceano Atlántico no le ha presentado ningun obstáculo; ha pasado el cabo de Buena Esperanza, sujetado al imperio de sus hijos, esa famosa peninsula de la India que se ha considerado desde la antigüedad como el depósito de todos los tesoros de la naturaleza. Ha fundado establecimientos á lo largo de las costas de África, y se ha reunido por el mar Rojo con sus antiguas posesiones de la Abisinia. Ha recorrido las dos Américas, y de un polo al otro, arreglándolas bajo sus leyes, hace brotar á un tiempo, repúblicas, misiones y obispados. Ha recobrado la España sobre Mahoma y sacude por todas partes la tierra del islamismo. En la época presente, cuando el gefe de la casa de Borbon estaba á punto de descender del trono y de llevar al destierro su noble vejez, hemos visto á Jesucristo, valiéndose del brazo del antiguo rey franco, que escribia asi su testamento entre nosotros, lo hemos visto arrebatarse dos reinos á la infidelidad, el reino de la Grecia y el reino de Argel. Aun mas recientemente la China le ha franqueado sus puertos largo tiempo cerrados; la Nueva Holanda se puebla á la sombra de su cruz; las islas de la Oceania trasforman sus salvajes habitantes en humildes y dulces adoradores de su Evangelio. No hay mares, no hay soledades, no hay montañas, no hay lugares inaccesibles, en donde Jesucristo no enarbole los valientes pabellones de sus hijos confundidos con el suyo.

Volveos ahora hácia atras hasta Constantino, pesad el mundo cristiano de aquella época, con el mundo cristiano de la

nuestra, y juzgad del progreso territorial que ha hecho Jesucristo.

Otro tanto puede asegurarse en cuanto al estado numérico. Lo he dicho ahora mismo, la iglesia católica cuenta ciento sesenta millones de fieles, el cisma griego sesenta millones, el protestantismo otros sesenta millones. Es un total de doscientos ochenta millones de hombres que reconocen á Jesucristo por su salvador y su jefe espiritual. Sin duda hay en este número muchos que no llevan su yugo con una convicción actual y presente á su espíritu; mas no se debe estimar al cristiano en tal ó cual momento de la vida, sino en el conjunto de todos sus instantes y sobre todo á la hora de la muerte. Entre tantos hombres que se reputan incrédulos, hay muy pocos que resistan á Jesucristo hasta el fin, y que no le pidan perdón de sus extravíos mas bien que de su apostasía. Su alma, por otra parte, fué formada por el Evangelio, y viven con él aun en el momento en que creen desconocerlo. En ningún tiempo el estado numérico de Jesucristo fue mas floreciente, y tiende cada día á aumentarse por el desarrollo de las poblaciones cristianas. Mientras que las razas musulmanas se empobrecen, y que los restos de los pueblos idólatras vejeitan en su inmovilidad, la sangre cristiana bendecida por Dios florece sin medida, y perpetuas emigraciones llevan á lo lejos la superabundancia de ella, y con ella las semillas preciosas de la fé.

Si notais una desproporción entre el territorio y la población de Jesucristo, es fácil explicar su causa. El poder de los cristianos va mas de prisa aun que su sangre; ellos conquistan y gobiernan el espacio con un puñado de bombas y su genio lo llena mucho antes que su posteridad. No creo que esta observación perjudique á Jesucristo. Pero hay otra en que ciertamente me aguardais vosotros y en la que os espero tambien. Sea lo que fuere, direis, del progreso territorial y numérico de Jesucristo, fenómeno que se explica por el ascendiente de las razas cristianas, no se puede negar la invasión y el progreso de la incredulidad en el seno del cristianismo. Si

Jesucristo ha echado abajo los cultos anteriores al suyo, la incredulidad mas poderosa que él, derriba á su vez la obra que Jesucristo habia edificado, y la derriba con una circunstancia mas terrible todavia, pues que la duda y la negación vienen á ocupar el lugar de la fé. Como aquellas tierras esterilizadas por una sustancia que ha devorado toda su savia, y que no pueden ya producir nada, la tierra por donde ha pasado el Cristo es una tierra maldita, no produce ya mas que la duda y la negación. De esta manera vamos á un estado peor, que ninguno de aquellos de que la humanidad ha sido el testigo y la víctima. Semejante al conquistador que hizo arrasar á Jerusalem y sembrar sal sobre sus ruinas, el Cristo ha agotado las convicciones del género humano y sembrado en su inteligencia la sal de la incredulidad absoluta. Desgraciados de nosotros, sin duda, desgraciados de nosotros, que no podemos creer ya! Pero á quién somos deudores de esta incapacidad, sino á la tiranía de Cristo, que no ha sido bastante fuerte para encorbar perpetuamente nuestros espíritus bajo sus dogmas, y que lo es demasiado para no permitirnos ninguna otra fé mas que la suya?

Convengo en ello, Sres., despues de diez y siete siglos en que Jesucristo no fue negado, lo ha sido en fin, en el último siglo; lo es aun en la actualidad. Pero lejos de que este accidente amenace á la obra de Jesucristo, ella saca de él un esplendor que os será fácil reconocer y apreciar. Tres países eran la residencia de la sublevación total contra Jesucristo: la Inglaterra, la Francia y la Alemania. En cuanto á la Inglaterra, hace mucho tiempo que la incredulidad no posee allí ni poder ni celebridad alguna. Si vuestros oídos han estado atentos á los ecos del Parlamento Británico, la expresión mas elevada de los pensamientos nacionales, no habrá llegado á vosotros desde el principio del presente siglo, una palabra que haya sido una injuria ó una amenaza para Jesucristo. La Inglaterra ha emancipado á los católicos; ha vuelto á llamar á la tribuna de su Parlamento la voz proscrita de los que son-